

existiendo en el populismo de la extrema izquierda; el comunismo quería destruir el modelo capitalista occidental para sustituirlo por el de la URSS. A tal fin los comunistas eran expertos en la crítica y en la protesta, pero no necesitaban proponer soluciones a las situaciones de las que surgían las críticas pues bastaba con derribar el sistema capitalista para sustituirlo por el comunista soviético. Su crítica no era constructiva, pues no necesitaban tal cosa.

Por eso PODEMOS sigue actuando como los viejos comunistas, pero o bien les falta el modelo sustitutorio, o bien lo tienen en los bolivarianos, lo que es bastante demencial.

Por el contrario, VOX puede tener aspectos populistas en algunas de las políticas que defiende, pero su modelo es el modelo constitucional, como afirma Trancón, y su existencia se justifica en la defensa del mismo. Por ello, identificar a VOX totalmente con el populismo es un error. Error en el que cae Rivera y CIUDADANOS y los Liberales europeos. Y CIUDADANOS se juega su existencia en la aceptación de este error: como creo que dicen los de VOX, éste no es un partido de extrema derecha, sino de "extrema necesidad", cosa que no percibe la izquierda reaccionaria abducida por el etnicismo y otros particularismos de lo políticamente correcto. Intentar enviar a VOX al ostracismo es un error total, que CIUDADANOS pagará con sus expectativas de futuro.

Optimismo moderado

SANTIAGO TRANCÓN PÉREZ en "La Nueva Crónica. Com" del 12-12-18

<https://www.lanuevacronica.com/optimismo-moderado>

Hoy me toca mostrarme optimista moderado. Como esto del pesimismo o el optimismo pertenece al área de los sentimientos, las sensaciones, los deseos y los temores, no de los hechos y las certezas, exige una explicación, que en mi caso no puede fundamentarse sino en la observación de algunos cambios sintomáticos. Sintomáticos de movimientos soterrados, de choque de placas tectónicas de distintas capas sociales que, sobre un magma invisible, está sufriendo nuestra patria, nuestra sociedad.

La irrupción de VOX en el panorama político es uno de esos síntomas. Digo de entrada que no comparto el marco ideológico, mental y sentimental de VOX, que hunde sus raíces en el nacionalcatolicismo, el frentismo de las dos Españas (ya he escrito que no existen, se crean), un anticomunismo trasnochado (tampoco existe ya el comunismo) y una peligrosa tendencia al caudillismo, entre otros desvaríos. Pero eso no invalida su discurso (autonomías, emigración, impuestos, nación, igualdad, etc.) que sin duda aprueban hoy muchos ciudadanos, no sólo de derechas, ante la pusilanimidad del PP y Cs, sino de izquierdas, ante la degeneración de la izquierda oficial de Podemos y el PSOE.

VOX es un revulsivo necesario, y su futuro depende, no de ellos, sino de lo que los demás partidos hagan, porque no

son sus méritos, sino los errores, claudicaciones, engaños y la corrupción de otros lo que ha hecho posible su surgimiento. La descalificación de brocha gorda, tanto del PSOE por boca de sus voceros y voceras, como la reacción histórica de Iglesias, apelando al fantasma del fascismo y la ultraderecha, es un recurso tan torpe como inútil, que sólo favorece a VOX. Nunca un nuevo partido lo tuvo tan fácil ante enemigos tan mostrencos.

Digo que la llegada de VOX puede ser buena para la democracia, no sólo porque ayude a canalizar fuerzas y sentimientos latentes que es mejor que no estallen como está pasando en Francia, sino porque va a obligar al resto de partidos a atender a la indignación, la preocupación, el miedo y la situación de abandono y crisis económica en que vive una mayoría de ciudadanos que ha perdido toda esperanza en los partidos actuales.

El empuje de lo que hemos de seguir llamando con propiedad «pueblo español», que no es un batiburrillo de pueblos étnicos o históricos inventados al gusto de los caciques y las oligarquías territoriales; ese pueblo de ciudadanos libres, responsables e iguales en derechos y obligaciones, resulta que está despertando del letargo ante la doble amenaza de la destrucción de la nación y del deterioro constante de sus condiciones de vida. Una mayoría de estos ciudadanos acabará haciéndose oír, por más vicisitudes, tensiones y enfrentamientos a que nos veamos sometidos durante los próximos años.

Porque la democracia, por más imperfecta y deficiente que sea, antes de destruirse acabará atendiendo al sentido común de la mayoría, que quiere una España unida, de

españoles libres e iguales, vivan donde vivan, que corrija los disparates, el despilfarro y la corrupción de las autonomías, el sistema electoral y el poder totalitario de los partidos y, sobre todo, que intervenga de modo inaplazable para acabar con la insurrección de los separatistas que ya ha entrado en una espiral de violencia incontrolable.

Sí, soy moderadamente optimista porque todo irá empeorando irremediablemente y, llegado a un punto de no retorno, la fuerza de esa mayoría, hasta ahora resignada, levantará su voz, cambiará el contenido de las urnas y acabará en la calle si los cauces pacíficos no atienden a su llamada. No será un camino fácil, y seguramente no se cumplan los deseos profundos de esa mayoría, que pide una reforma radical del Estado, pero estoy seguro de que impedirá que volvamos a cometer los mismos errores.

Sólo lamento una cosa: que la izquierda sea tan torpe e incapaz de darse cuenta del sentimiento de igualdad y justicia que late en el corazón de la mayoría de españoles que quiere acabar cuanto antes con la pesadilla independentista, el guerracivilismo atizado con el espantajo de Franco y el fantasma del fascismo, los abusos de la ideología de género, la discriminación y persecución de la lengua común española, la corrupción infecta de partidos y empresarios, la voracidad de los bancos, etc. La izquierda, y no VOX, debería encabezar esta rebelión patriótica en favor de la igualdad, el orden, la ley y la justicia. Algo que interesa, ante todo, a la mayoría, o sea, a todos los trabajadores, porque sólo la defensa del bien y el interés común justifica la existencia de la izquierda.